

El bosque de los espejos

Elisa y yo practicábamos alpinismo, cada quince días buscábamos ir a montarnos en las piedras. Sentir todo el peso en un solo dedo para subir al siguiente peldaño era realmente excitante; retábamos a la muerte con cada salida. Nuestra obsesión nos hacía ir a lugares donde ningún alpinista hubiera estado. Para celebrar nuestro quinto aniversario decidimos buscar un lugar que no estuviera en las rutas comerciales y que pocos conocieran.

Elisa daba clases de antropología en la universidad y en sus múltiples vistas a la biblioteca encontró un libro que hacía referencia al “Bosque de los Espejos”; la descripción de este la hechizó por completo y se convirtió en la plática de todos los días. El libro contenía un mapa de su ubicación; describía un bosque rodeado por una barda con inscripciones prehispánicas y, en la entrada, una superficie redonda parecida a la piedra de los sacrificios humanos. A las afueras del sitio, estaba dibujado el volcán Nauhcampatépetl; al comparar el mapa de libro antiguo con uno más actual no había referencia de tal Bosque.

Elisa se despertaba con la imagen del mapa en la cabeza como si tuviera que descifrar dónde se ubicaba este lugar. Llegó un momento que toda su atención estaba puesta en encontrarlo. Revisando los glifos de la barda descubrió que indicaban una fecha para poder entrar; de momento pensé que con este hallazgo provocaría un relajamiento, pero no fue así. Elisa leía y estudiaba por las noches y dormía por las mañanas. El estudio se fue llenando de libros viejos que devoraba; enloquecía por hallar un ritual para abrir la puerta del Bosque. Tratando de sacarla de su rutina, la llevé a caminar, visitamos el Templo Mayor y, al ver la efigie de Mictlantecuhtli, saltó con alegría desmedida. Yo no entendía qué le pasaba, pero ella me explicó que, en su obsesión, había leído sobre los rituales a este dios. Revisó el calendario y se dio cuenta que faltaba muy poco para el Día de Muertos y que era en esa época precisamente cuando se podría entrar al Bosque. Hicimos todos los arreglos para poder comenzar con el viaje.

Yo caminaba por el bosque todos los días escondiéndome entre la niebla matutina, disfrutaba de la brisa fría sobre mis mejillas mientras me dirigía a la oficina de correos a recibir los encargos de mi jefe. La tecnología me permitía trabajar desde casa, esto hacía que disfrutara de la soledad, reflexionando sus silencios. No era fanático de las culturas pasadas, pero, cuando conocí a Elisa, ella me explicó algunas cosas que me hicieron comprenderlas más.

El treinta y uno de octubre salimos rumbo a la región de los Tuxtlas, en Veracruz; ya habíamos preparado el equipo de alpinismo para subir el volcán. Tomamos rumbo al pueblo más cercano que se ubicaba en el mapa; para nuestra buena fortuna sí aparecía en los registros actuales. En la carretera de salida de este sitio había tráfico; era muy curioso: carros repletos de maletas y todos los animales que cupieran, los perros ladraban y aullaban a nuestro paso. En efecto, cuando llegamos a buscar un lugar para alojarnos, descubrimos que todo estaba cerrado, casi no había ni un alma en el pueblo. Nuestra curiosidad era más poderosa que la prudencia, la imaginación hacía suponer cosas fantásticas, pero ¿por qué todos se van?, ¿por qué abandonan el pueblo? La respuesta más bien fue una mirada ansiosa por parte de la dueña de una casa, que accedió a alquilárnosla por un día. Azotando un pocillo, llamó nuestra atención para ponernos al tanto de dónde podríamos encontrar las cosas y recomendarnos de nuevo no salir de noche hasta después del festejo de los muertos. Nerviosa, repitió varias veces: “Por favor, no salgan en estos días o, mejor aún, vengan con nosotros”.

Elisa estaba sumamente emocionada; parecía como si fuera descubrir algo muy interesante. Sacó sus mapas y comenzó a observarlos de nuevo. Era difícil de creer, pero no existía ninguna capilla o iglesia. En una pared cerca del quiosco, encontramos la leyenda del Tzinacantli, Elisa sabía que ese vocablo se refería a “murciélago” y que lo usaban para referirse a los animales que chupan sangre.

Sólo encontramos varios animales atados cerca de un altar. Caminamos de regreso a la casa, sólo para descansar. Medio nos acomodamos en una cama para dormir un par de horas, pero no logramos conciliar el sueño. Las aves parecían huir despavoridas del lugar, el graznido y el volar constante provocaban un sonido indescriptible. Traté de encontrar todas las explicaciones posibles al fenómeno; me levanté para observar por la ventana y fui sorprendido por una parvada que atacaba frenéticamente los cristales, regresé a la cama para tranquilizar a Elisa, pero no pudimos dormir. En cuanto se acercó la hora de partida, constatamos que los únicos seres vivos en ese sitio éramos ella y yo. Nos dirigimos al sitio donde aparecía marcado el Bosque. Eran las nueve y ya habíamos encontrado la barda y la entrada, pero no había nada más que una planicie enorme que traté de caminar. Sin embargo, cada paso que daba era como si estuviera subiendo una montaña; varias veces regresé al mismo sitio.

Una vez pasada la medianoche, Elisa trataba de descubrir los vestigios de la superficie redonda que estaba descrita en el mapa; esperaba encontrar una gran piedra, sólo encontró un pequeño pedestal; tenía símbolos que no pertenecían a las culturas prehispánicas. Fui a su encuentro para confirmar su descubrimiento: el símbolo que estaba tallado sobre la roca era una estrella formada por el cruce de dos triángulos, en cuyo centro había tallado un ojo incrustado de lapislázuli. La estrella estaba cercada por un círculo, marcando los cuatro puntos cardinales. El primer espacio lo ocupaba el símbolo del Tzinacantli con unas cadenas rotas en la patas; en el segundo se podía apreciar al murciélago volador esparciendo semillas sobre la tierra; el tercer espacio era la misma figura, pero con aspecto vigilante. Justo donde se marcaba el norte se podía ver una canaleta que cruzaba hacia el sur y terminaba en el centro del ojo. Alrededor del último círculo —separados por unos diez centímetros—se dejaban ver los restos de otra circunferencia con la rueda de los símbolos de la veintena del calendario azteca, que ya estaba muy dañada.

Elisa comprendió el tipo de ritual; ante mi sorpresa, sacó su navaja para realizar un corte transversal en su mano, enseguida colocó unas cuantas gotas de sangre en

la canaleta para observar cómo se dirigía al centro donde se encontraba el ojo. Ambos empezamos a sentir un sudor frío recorriendo nuestro cuerpo y una especie de mareo que nos hizo tomarnos de las manos. En ese momento, pudimos ver el Bosque de los Espejos y comprendimos el porqué de su nombre: la imagen de la planicie exterior se proyectaba en el suelo; en la entrada, se observaba un camino de piedra rodeado de pinos y, al final de la calzada, una casa de piedra volcánica. Los árboles nos hacían caravana como si fuera la marcha de dos novios arribando a su nueva morada. Apreté la mano de Elisa para contener su miedo, para hacer su conversión más llevadera. Todo se había cumplido tal cual lo planeé y, sobre el sendero, sólo se veía la figura de Elisa apretando una mano invisible.

Yo no me siento arraigado a esta tierra, a veces pienso que nací en otra parte, muy lejos de aquí; no tengo recuerdos de mis padres: es como si hubiera sido puesto en este sitio por algún designio desconocido. Arribé a este lugar cuando era preso de los primeros conquistadores; al romper las cadenas que me ataban pude llegar a un poblado donde la gente me trató muy bien. Acordamos que se construiría un refugio de piedra volcánica donde pudiera descansar a cambio de que no se me despertara en mil años y siguiera bebiéndome la sangre de este pueblo. El tiempo se ha cumplido y, al despertar, observo con repugnancia que soy una aberración sin alma, desquiciado; mis ideas son turbias y perturbadoras, por eso, en este Bosque de Espejos, no puedo ver nada a mi alrededor.

Robé un cuerpo, y conocí a Elisa en la zona arqueológica del Tajín en una excursión. Me encantaron sus ojos color miel, su piel blanca que con el sol se torna color ocre, su sonrisa y sus largas historias en forma de cuento que hacían mi delicia. Hace cinco años que la sigo. Es tiempo de que se una a mi eternidad, así que debo preparar todo para que sea mía solamente... En la biblioteca donde ella busca el material para su clase he puesto el libro que describe la ubicación de nuestro nuevo hogar, espero que lo encuentre pronto...